

# ¿LE HA QUITADO EL MUNDO LAS PREGUNTAS A LA EDUCACIÓN?



*Alberto Gárate Rivera*

Colección "Educar desde el espacio que elegimos"

  
CETYS  
UNIVERSIDAD

*Las preguntas fundamentales de la educación en el mundo de hoy*

Texto y fotos de Alberto Gárate Rivera  
Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”  
Programa Editorial del CETYS Universidad  
Mexicali, Baja California  
Primera edición digital, abril de 2020

[www.cetys.mx/programa-editorial/](http://www.cetys.mx/programa-editorial/)  
[programa.editorial@cetys.mx](mailto:programa.editorial@cetys.mx)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons



Reconocimiento-NonComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

**E**stoy en Alcalá de Henares, España. Con alguna frecuencia, en los últimos años el quehacer educativo me ha traído a este sitio de historias añejas. Esta vez coincido con un profesor cuyo pelo ya pinta canas. Ángel es su nombre y es catedrático de Pedagogía en una de las históricas universidades españolas. Él dirige un comité de tesis doctoral y yo soy vocal del mismo. Ambos, desde nuestros saberes, cuestionamos a un estudiante de doctorado chileno que se defiende como si en ello le fuera la vida. Al final todos quedamos complacidos y nos damos un abrazo en el centro mismo de la arena.

La tarde trae algo de frescura a una ciudad que el mes de julio la calienta con un sol sin nubes. Ángel y yo coincidimos en algunas miradas sobre la educación y eso nos lleva a andar por ahí. Caminamos sin detenernos donde se detienen todos: en la casa de Miguel de Cervantes Saavedra. El Quijote y Sancho están sentados en el pórtico, y miles de turistas se sientan a un lado de ellos a tomarse la fotografía de rigor. La charla da pasos con nosotros hasta que encontramos una plaza pequeñita resguardada por una vieja edificación que hace las veces de museo regional. Los plataneros de sombra, unos árboles grandes y frondosos, de raíces añejas que se desparraman por entre las banquetas, regalan su frescura sin cobrarnos un euro. Eso ya es bueno porque por acá, en todas partes cobran.



La placita tiene sus misterios y pronto descubrimos uno de ellos: un viejo sesentón, liberal antifranquista con fuertes tintes de socialista, saca de su pequeña librería una bocina igual de antigua que él, un micrófono de la misma época y se pone a arengar a los pocos turistas que se detienen algunos segundos, por curiosidad y para descansar de un caminar que parece no dar tregua cuando se está conociendo una ciudad. El hombre habla de la crisis, de los políticos españoles, *de un país que casi se va a la mierda por tanta corrupción*. Cuando la vena aorta regresa a su sitio después de una exaltación desmedida, empieza a leer poemas de Lope de Vega. Algo bueno tiene el tío porque acuden a la placita jóvenes poetas –o aspirantes a– que se ponen a leer las cosas que les salen de sus almas juveniles. Uno de ellos, un muchacho que viste pantalón de mezclilla, desteñido y con aberturas múltiples, de pelo que le cae hasta los hombros, se levanta de un macetero grande que hace las veces de banca y va sobre el micrófono. Una vez instalado, sale su voz sin grietas:

Si tu piel fuese como la mía, de letras,  
te hubieras desmoronado conmigo.  
Pero tu piel no es de palabras,  
es de una corteza sin rendijas,  
de ahí no salen tus ojos iluminados,  
casi nada sale, salvo lo que me invento.

Pierdo a Ángel unos minutos y escucho a varios de ellos. Luego pienso: chamaco tan inspirado escribiendo esas cosas de la caverna que son nuestros sentimientos.

Invariablemente evoco cuando habitaba en mí la primavera. Entonces me olvido de la universidad y sus quehaceres, y pienso, solo pienso: qué mujer puede inspirar así a este veinteañero.

La primera parte del festín de poesía dura alrededor de treinta minutos. Cuando el viejo librero –es decir, el dueño de esa pequeña librería– agradece a los pocos que estamos sentados en algunos de los grandes maceteros de la placita, y los invita muy cordialmente a pasar a la librería para comprar *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, del chileno Pablo Neruda, Ángel y yo volvemos a lo nuestro. La tarde todavía tiene luces, por ende, sombras. Un aire fresco llega por entre el follaje de los plataneros y nosotros no nos movemos.

Ángel es un hombre de lecturas y de palabras que escribe. Es uno de esos viejos profesores que han hecho de los saberes su fortaleza, con un añadido determinante: la docencia (la escuela y la educación con ello) ha sido su vocación. Es de esos viejos profesores que han cuestionado todo y lo han vivido todo. Profesores que como estudiantes fueron enseñados con rudeza, con una disciplina rigurosa, con pocas palabras de aliento, con el control absoluto del profesor que se creía el único dueño del conocimiento, con la violencia aleteando alrededor de los pupitres de madera. Aun con esas bombas en un campo minado, algo bueno aprendió de algún viejo profesor que hizo algo distinto a los demás y, aunque no lo exprese como un punto que suma al origen de su vocación, seguro está algo de ello en su memoria.

El gusto por la enseñanza y la convicción por hacerlo cada vez mejor, lo llevaron a situarlo en ese docente que es hoy. Subrayo la manera cómo fue formado en las escuelas porque esa rudeza tradicional, fincada en la obediencia y muchas veces en la violencia física, nada tiene que ver con un pensamiento crítico y al mismo tiempo esperanzador que hoy posee.

Habla mucho, y con pasión, como muchos de sus colegas españoles. Yo lo dejo hablar. Al final de cuentas, yo escribo de lo que escucho y él solo ocupa de un racimo de preguntas que le formulo cuando el sol se escurre por uno de los atalayas de la muralla: ¿Está hoy la escuela en crisis? ¿Es la escuela como institución social o son sus actores? ¿Es la escuela o las otras instituciones de acogida: la familia, el barrio, la iglesia, el gobierno? ¿Es la escuela o la globalización, la apertura a la diversidad cultural, la estandarización de modelos? ¿Sigue siendo la escuela forjadora de promesas, o nunca lo ha sido? ¿Qué pinta el profesor en estos desasosiegos? ¿Es aceptable su incertidumbre y desconcierto? ¿Cómo forma el profesor cuando el mismo es abrazado por la indiferencia y las dudas constantes?

Ángel resopla. No tiene un pizarrón frente a él — frente a él está solo la resonancia de la poesía, *si tu piel fuera de letras*—, así es que tiene que ordenar los conceptos para que no salgan atropellados de su boca... y empieza...y dice... y dice... y sigue diciendo.

Yo, nada digo, escucho y proceso. Luego escribo.

—¿Te acuerdas, Alberto, de la parte esencial de la teoría de la sociedad en riesgo?

—¿Te refieres al planteamiento que hace Ulrich Beck sobre la sociedad actual?— Le respondo tratando de ver si, en efecto, el platanero cuelga en alguna de sus ramas un racimo de bananas. No hay tal, le llaman platanero, pero nada tiene que ver con ese árbol de ramas gigantescas que produce decenas de racimos de plátanos.

—Así es, Beck no estudia la sociedad que analizaron Carlos Marx o Max Weber, sino esta sociedad post industrial de finales del siglo xx. Básicamente lo que Beck argumenta es que la modernidad, impactada por la creatividad y la innovación, encuentra la manera de producir bienes y riqueza, y esa producción va acompañada irremediabilmente de una producción social *del riesgo*. Los conflictos que estudiaba Marx sobre la desigualdad social y la lucha de clases, para Beck son sustituidos por problemas y conflictos que surgen de la producción, definición y reparto de los riesgos producidos.

El colega mueve las manos. Sin darme cuenta, tiene ya su pluma lista para trazar flechas y círculos en una hoja imaginaria. Le veo la mirada e intuyo que mucho le gustaría tener un pizarrón frente a él.

—Dices bien, muy bien, Alberto, que los riesgos en esta sociedad mucho más informada, Beck los considera de un plano diferente al reparto de la riqueza. Por decirlo con mis palabras de profesor universitario: a mediados del siglo xx, ¿cuál era la principal preocupación de los estados capitalistas? Producir riquezas y, si basaban su actuación en el axioma de libertad, igualdad, fraternidad, buscar que esa riqueza existiera y que estuviera lo mejor repartida posible. ¿Cuál es la sociedad

que Beck analiza y cuáles son los riesgos de la posmodernidad? Los efectos secundarios de producir riqueza; el que el mundo de hoy produzca y no sobrepase los límites de lo soportable en términos ambientales, culturales, psicológicos y sociales. ¡Guao! Beck nos ofrece en su cartera de *La sociedad del riesgo mundial* los nuevos problemas. Y lo que yo me pregunto, estimado colega, es si en la escuela, en la universidad, ¿hemos analizado esos riesgos?

Tengo respuesta, pero no es el momento de ponerla en medio de la tarde que ya nos ha alcanzado. Además, Ángel no me pregunta en serio. Se pregunta él mismo teniendo una respuesta que tampoco va a plantearla. Estoy acomodando las ideas cuando nuevamente sale de la librería el anarquista sesentón y, micrófono en mano, invita a otro racimo de jóvenes a leer sus poemas. Una muchacha piel de aceituna, falda larga y pelo ensortijado como de gitana, se pone de pie, camina rumbo al micrófono, hace un par de gestos y emite algunas frases, como para calar el sonido, y se arranca:

#### Encuentro

Me encontré con un hombre que tal vez debiera ser mi hombre,  
o tal vez no, quién lo decide.  
Lo he encontrado muchas veces estos meses  
y lo he perdido otras tantas.  
Cada que lo encuentro vivo un descubrimiento.  
También una nueva resistencia que me hace perderlo.

Ayer lo encontré nuevamente y le quité el *tal vez* al enunciado.

Ese hombre debiera ser mi hombre,  
ya no hay duda, nadie platica como él.

Solo fuera eso pero también está su mirada que se rebela y que acaricia.

Y solo fuera eso pero también está su inteligencia que no domestica.

Y solo fuera eso pero también está su abrazo que enciende.

Y solo fuera eso pero no, está todo él, incluyendo sus imposibles.

Aunque no quisiera escucharla no pude evitar dejar llegar la pasión de esa gitana a mis oídos. ¿Qué se sabe de imposibles a los veinte años? Yo digo que nada, ella dice que mucho. Regreso con Ángel, a lo nuestro.

—Ángel —le digo cuando un rayo de sol le alcanza el rostro—, ¿y qué me dices de Bauman y la modernidad líquida? ¿La escuela ha analizado ese discurso? Mi pregunta central permanece, no creas que la echo al olvido: ¿sigue siendo la escuela una generadora de promesas? Por ahora me quedo con la primera.

Ángel carraspea y me ve como diciendo: *ahora sí sacaste boleto, Alberto. De aquí le seguimos hasta la madrugada, aunque se acaben los poetas emergentes.*

Y sí, le siguió y sólo sintetizo para fines de este relato lo que aquel hombre incombustible, espoleado por la noche fresca y por los temas del discurso educativo, fue capaz de compartirme sobre Bauman y la educación líquida.

—Estructuralmente la sociedad se ha vuelto líquida. Lo relevante de Bauman, lo mismo que Beck con el

riesgo, fue encontrar una metáfora muy afortunada: el mundo, la modernidad, la educación, han transitado de una modernidad *sólida* (estable, repetitiva) a una *líquida* (flexible, voluble). El cambio es rápido, inesperado, poco explicable. Los modelos y estructuras sociales ya no perduran lo suficiente como para enraizarse y gobernar las costumbres de los ciudadanos. ¿Cuánto dura el mundo? Quién sabe, ya no hay cabida para las certezas. Hoy se genera un ambiente cuya característica central es la incertidumbre, pero no de cualquier tipo sino una que es asombrosamente novedosa. Entonces, imagina a las escuelas construyendo modelos y metodologías basadas en la vulnerabilidad, la incertidumbre y la impotencia. Imagina ahora, Alberto, al profesor común y corriente intentando enseñar para la vida y para la ciudadanía. ¿Cuál vida y cuál sentido de la ciudadanía?

La función de poesía llegó a su fin. El platanero se fue cubriendo de sombras y nosotros nos levantamos de uno de los maceteros de la placita aquella donde un viejo luchador español antifranquista sostiene con las uñas y los dientes una librería de barriada, con luces mortecinas y con estantes empolvados. Al lomo se pueden ver los poemas de Lope de Vega, de Bécquer y varias ediciones del Quijote. Y cómo no, estamos en la tierra que se pelea el nacimiento del gran Cervantes. Caminamos lentos y con algo de hambre en el estómago. A los minutos nos detenemos en uno de los tantos restaurantes bares que hay por aquí, al aire libre. Al fiel estilo español, pinchamos aceitunas, queso y unas patatas bravas acompañadas de una caña bien helada. En

mi cabeza se acomodan las ideas de Beck y las de Bauman, al tiempo que pienso en los jóvenes poetas que acabamos de escuchar, en la modernidad líquida, y en un planteamiento que hace Noam Chomsky sobre la escuela y la generación *millennial*, la que él ha conocido.

—Ángel, seguro has leído a Chomsky.

—Seguro, Alberto, joder, Chomsky es más anarquista que el mismísimo dueño de la librería que acabamos de escuchar. Y ser anarquista en Estados Unidos, vaya que cocina la piel.

—En un libro de muy reciente publicación llamado *El peregrino frente a la tormenta* (2019), hace un planteamiento crudo sobre la universidad y los *millennials*, de dos vertientes. En general, sostiene que esta generación está siendo bombardeada por una cultura que vulgariza y abarata la vida, incluyendo los teléfonos celulares. Al caminar por las plazas, las universidades, los centros comerciales, la mitad de los chicos están viendo su celular, lo cual se agudiza en un restaurante donde los integrantes de la familia platican con el aparato. Lo crítico es que, eso que está ocurriendo con los jóvenes, ha alcanzado a los mayores, incluyendo profesionistas y profesores universitarios. La segunda vertiente es que los *millennials* son presionados constantemente para consumir, y de ello tampoco se escapan otras generaciones. No es cierto que hay consumidores informados que toman decisiones racionales. En la universidad nos enseñan que tenemos una economía maravillosa donde los consumidores informados toman decisiones racionales, lo cual no es cierto. La comunidad intelectual

también forma parte de ese festín de aislamiento social y de consumismo irracional. El impacto a las generaciones futuras está por verse.

Ángel me escucha con atención. Luego toma un poco de vino y dice:

—Chomsky, desde sus referentes, abona a esta visión crítica del mundo de hoy, lo mismo que otros muchos pensadores. Yo tengo mi propia visión de la educación y de la escuela, seguramente influenciado por muchos pensadores que he leído, pero qué duda cabe que también por mi experiencia en los salones de clase.

Los turistas no dejan de caminar, y otros muchos abarrotan los restaurantes de la plaza central. A lo lejos veo al Quijote y a Sancho, tan ajenos a las complicaciones del mundo postmoderno. Yo lo veo venir con un discurso menos global y conceptual, y más de a pie, menos del intelectual que es y más del profesor que construye un modo de pensar desde su experiencia. Vamos en camino de responder las preguntas que le valen al maestro de todos los días: ¿tenemos algo que enseñar a nuestros alumnos? ¿Ellos tienen algo que aprender de nosotros? Ángel carraspea, hace a un lado un plato de patatas bravas, reclama mi atención y, cuando me ve en sintonía, se arranca.

—Mira, Alberto, no es fácil enseñar matemáticas a un niño o ciencia y tecnología a un joven en una sociedad que desvalorizó el saber, el conocimiento y hasta la necesidad de un pensamiento sereno y reflexivo, de un pensar sensato, razonado y tranquilo, de un pensar sentido; en su lugar entronizó el valor del ruido, del

movimiento continuo, del ir y venir con el pensamiento, si no es posible hacerlo con el cuerpo, de la acción y reacción como mecanismos para sentirse vivo, del hacer para no estar quieto, para evitar esos momentos de aislamiento y soledad que le hacen al humano más humano o simplemente humano.

»Con la lógica de la razón cayó del pedestal el valor del esfuerzo, de la disciplina, del orden y la progresión en el conocimiento y disfrute de las cosas, y en su lugar desplegó el yo todos sus egos, emociones, sentimientos, placeres y derechos, todos simultáneos e instantáneos, que para eso soy ciudadano y pago mis impuestos. Éste es el argumento más universal en nuestro tiempo y en muchas ocasiones el único que tiene el sujeto a mano, el único que aprendió a su paso por la escuela y, digámoslo claramente, el único que esta sociedad fue capaz de enseñarle.

»Con el cuestionamiento de una moral objetiva y consensuada se hizo presente poco a poco una moral subjetiva, una moral de andar por casa, mejor dicho, una moral de andar cada uno por su casa sin que nadie tenga derecho, no ya a entrar en habitación ajena, desde luego, sino a exigir cuidado y respeto en el uso de las zonas comunes de la casa, a pedir responsabilidad en aquella parte de nuestros actos que tiene dimensión pública porque terminan repercutiendo en los demás, que esto es precisamente lo que llamamos educación y a lo que aspiramos hoy en educación. Más bien poco, claramente insuficiente pero necesario

Hace pausa el hombre cuando se acerca el mesero y registra el pedido de cañas para mantener la con-

versación. El picoteo de las tapas concluye y aunque la noche ya reclama descanso a los cuerpos, Ángel todavía no termina. Está esperando algo de mí, y yo sé perfectamente qué es. Como buen profesor, quiere que le pregunte, y eso hago.

—Buen Ángel, para no andarnos por las ramas, ¿hay algo hoy que aprender, y algo que enseñar, a una determinada edad?, ¿algo universal, mínimo, básico, fundamental, elemental, en los sistemas educativos, por lo menos en sus niveles primarios y secundarios?, ¿algo que una sociedad plural y democrática tenga derecho a enseñar y a pedir que todos conozcan?, ¿una base común de conocimientos sólida, todo lo sólida y común que pueda ser la cultura y los saberes en una sociedad líquida e individualista como la nuestra?, ¿tiene esta sociedad postmoderna, sociedad de la incertidumbre, del relativismo, de crisis de la cultura y de los valores, de turbulencias fuertes en el bienestar social, una sociedad que se ufana en llamarse de la información y del conocimiento, tenemos en esta sociedad algo con algunas de aquellas características que definieron el perfil de la cultura y del saber en la modernidad o esta pregunta ni siquiera es ya hoy procedente?

El hombre de pelo entrecano y de mirada profunda, resopla. Ya va llegando a donde quiere.

—En el fondo de este terreno pantanoso en que se ha convertido la educación de nuestro tiempo, afirmo algo no fácil de afirmar: Por primera vez en la historia de la humanidad, en algunos aspectos de la vida, los niños y adolescentes son mejores que los adultos,

por ejemplo, en las habilidades para leer e interpretar la realidad, para manejarse con grandes cantidades de información, para cruzar y relacionar información que nos llega por distintos sentidos y en distintos formatos, o sea, en el despliegue de esas habilidades y competencias acordes con la naturaleza de una sociedad saturada de información mutante permanentemente y de la que nosotros reconocemos en voz baja que nos va costando cada vez más estar a la altura de las circunstancias. En el futuro, probablemente serán mejores que nosotros en el manejo de información pluridisciplinar e interdisciplinar, lo que les permitirá abordar con mayor raciocinio y sensibilidad los problemas interrelacionales, globales y complejos, como son buena parte de los problemas de nuestro tiempo.

»Permíteme, por tanto, que ahora añada algunos otros interrogantes a los que hasta aquí vengo trayendo. Y acaso ahora más rotundos. En una sociedad en la que la mayoría de los maestros y profesores que hoy trabajamos en las aulas, con independencia del nivel al que pertenezcamos, nacimos entre las décadas de los cincuenta y ochenta del siglo xx y, por contraste, la mayoría de quienes asisten a las aulas nacieron a partir de la década de los noventa, es decir, inmersos ya en la explosión y desarrollo de la revolución científica y tecnológica que nos acompaña (véase Bonilla-Molina, 2014), ¿necesitamos todavía de una instancia y un mecanismo que estructure, armonice y distribuya esa mínima información necesaria y suficiente, básica, elemental, universal, que necesitan los pueblos, las sociedades y las culturas

para su buen funcionamiento?, ¿no estamos asistiendo a un relevo de instancias, de estrategias, de mecanismos, a un lento proceso de desinstitucionalización de la educación, de desescolarización del aprendizaje, de sustitución de los centros escolares por otros escenarios de aprendizaje?, ¿terminarán los muros de la vieja escuela, y del vetusto colegio o instituto, por adaptarse a las nuevas formas de aprendizaje y tipos de información o serán estas y otras nuevas tecnologías y escenarios que vendrán, sin duda, y así se llamarán, las que terminen por instaurar otras formas de organización y gestión del conocimiento, otros organismos y mecanismos, en un contexto social y económicamente diferente?

—Son demasiadas preguntas, Ángel, y no llegas al centro de las definiciones humanas. ¿Defiendes o no la escuela? Como decía una cantante mexicana que tuvo sus seguidores en los noventa del siglo pasado: ¿las defiendes con sus defectos y virtudes?

—Defiendo la escuela, sigo defendiendo la escuela hoy como lo que siempre fue, un lugar de encuentro y aprendizaje. Ciertamente, la escuela hoy no es el único lugar de encuentro y aprendizaje, pero, si algo puede y debe ser todavía hoy, sobre todo hoy, es precisamente lugar de encuentro y aprendizaje. Reitero deliberadamente: la escuela no es el único sitio de aprendizaje ni mucho menos debe ser el único donde se pretenda formalizar todos los aprendizajes, pero forma parte de la naturaleza escolar ser escenario de aprendizaje, comenzando por el aprendizaje de estar y convivir con el otro y con lo otro, habilidades y competencias estas con las que no nacemos

y que, por lo que se va viendo, no tenemos adquiridas definitivamente. Diré más, la escuela hoy es el mejor sitio para llevar a cabo determinados aprendizajes, incluso el único para que se produzcan algunos de ellos, que quizás no tendrían otro lugar o se producirían con un coste personal mucho mayor. Las cohesiones nacionales que antaño se exigieron y exhibieron precisan una reconversión decidida en términos de convivencia cívica, también en relación con las cosas, el mundo social y el material ignorado sistemáticamente por la pedagogía moderna.

»Esta posición final del educador, ese individuo que ve a la educación desde el optimismo crítico y que es un enseñante desde el testimonio, me regresa el color al cuerpo. Es correcto, desde mi apreciación, que la escuela sigue siendo un espacio de encuentro y aprendizaje, y eso hay que subrayarlo. También lo es que debemos reconocer, estudiar y anticipar respuestas a la pregunta de mayor peso que trae la sociedad que estudiaron Beck y Bauman, este mundo de incertidumbre: ¿terminarán los muros de la vieja escuela por adaptarse a las nuevas formas de aprendizaje a tal grado que otras formas de organización y gestión del conocimiento? El futuro se viene rápido y seguro lo veremos pronto.

De Ángel se puede aprender de la vida y de la educación, acaso ambas cosas son el mismo hogar. La media noche ahora sí se nos viene encima y un mesero que ya arrastra el ánimo nos dice con ese acento español inconfundible:

—Vale tío, que ya va siendo hora de irse por ahí, a tirar el cuerpo en una buena cama. Joder, que ya se ha puesto negro el cielo.

Pagamos la cuenta y Ángel se retrae. Yo no lo quiero dejar ir porque traigo en el alma una querencia y un debate, una espina que me viene de las creencias, una posición sobre la educación que amasé a base de vivir en las escuelas, leer sobre ellas, escribir desde el relato de los buenos profesores. Se la suelto como para acompañar en andar de nuestros pasos.

—En el discurso sobre ciudadanía, Nussbaum (2006) debate entre las fuerzas internas de las personas para que la comprensión se imponga a la impotencia. En ese afán por acercarse a las formas de convivencia democrática, asume que la familia y la escuela tienen un arduo camino para lograr ciudadanos reales. **José Antonio Zamora (2018)** la toma al vuelo y hace un cuestionamiento desde la radical desigualdad y no le da ninguna opción al planteamiento de la voluntad de las naciones. Desde un conjunto de conceptos de la teoría crítica, Zamora cuestiona el “valor” de educar, argumentando:

»Que ciudadanía es un concepto cliché porque se usa para todo y en todo.

»Que la sociedad y la educación en particular están cruzados por los imperativos económicos.

»Que un fuerte debate hoy día es armonizar la formación del burgués con la del ciudadano. Formar en habilidades para el mercado laboral al tiempo que formar para una ciudadanía crítica y responsable.

»La escuela forma alumnos egoístas y competitivos. Al tiempo que ciudadanos que busquen la autonomía... está formando individuos esquizofrénicos.

»Y la conclusión de ese análisis es: en las condiciones del mundo de hoy, *la educación no ha cumplido su promesa* (XIV Congreso Internacional de Teoría de la Educación 2017, Murcia, España) y parece no dejar salida. A mí me incomoda esa afirmación, me enroncha la piel porque claramente en el mundo micro, en la cotidianidad del vivir, trabajan algunos reales educadores que no se olvidan de los olvidados. Maestros que trabajan desde una ética y una antropología que los lleva a reconocer el contexto, entenderlo, apropiarse de él, y que buscan crear un sentido de espera en sus alumnos. Me pregunto si a esos profesores debería decirles que nada vale la pena, que ni una familia, ni un profesor, ni una escuela en ese mundo real, en el mundo cotidiano, están cumpliendo su función y que el mercado, los celulares, el consumismo, lo han echado todo a perder.

Ángel ya no tiene aliento para responder a mi última embestida. Será que el cerebro trabajó demasiado o el vino hizo los estragos de siempre. Lo cierto es que se le acabó la euforia intelectual esa noche y vamos caminando de regreso al hotel, medio arrastrando los pies. Yo me quedo con las preguntas que son una guía para el discurso educativo. Algo de ellas contestó mi colega, pero dejó bastante para la reflexión. A la pregunta de la crisis, la incertidumbre, el desconcierto social y educativo, yo me enterco desde mis adentros con esa interrogante que tengo tiempo hincándole el diente: entre el *riesgo* y las expresiones de la educación *líquida*, cruzada por la crisis de las transmisiones a las que re-

fiere Duch, y por la crisis en la ética docente que expone Pedro Ortega, *¿la escuela sigue siendo una promesa?* No tengo duda, si quiero una respuesta afirmativa, la debo buscar en el llano, ahí donde realmente se forjan los educadores que desoyen los planteamientos de los grandes teóricos.

### Posdata

Llegamos al hotel y subo a mi habitación por una escalera estrecha de madera ruidosa. Ya no me acompaña la pregunta educativa sino las frases explosivas con la que aquellos jóvenes poetas de la placita de los plataneros con sombra iniciaron su lamento y reclamo amoroso, por cierto, leyendo sus poemas en un iPhone:

Decía él: *Si tu piel fuera como la mía, de letras, te hubieras desmoronado conmigo.*

Decía ella: *Me encontré con un hombre que tal vez debiera ser mi hombre, o tal vez no, quién lo decide.*

¡Ufff!

### Referencias

- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. México: FCE.
- Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo mundial*. Barcelona: Paidós.
- Bonilla-Molina, L. (coord.). (2014). *Informe Mundial de la Calidad Educativa 2014. En este debate: ¿De qué se está hablando?* Caracas: Red Global/Glocal

por la Calidad Educativa.

Delval, J. (1999). *Los fines de la educación*. México: Siglo XXI Editores.

Duch, L. (2005). *La educación en tiempos débiles e inciertos*. España: Anthropos.

Garate, A. y Ortega, P. (2013). *Educación desde la alteridad*. México: CETYS Universidad.

García del Dujo, Á. (2015). De la educación en nuestros tiempos, Conferencia, CETYS Universidad.

González, C., Higashi, T., López, L. (2019). *El peregrino frente a la tormenta: Una conversación y tres aproximaciones al pensamiento de Noam Chomsky*. México: CETYS Universidad.

Mínguez, R. y Romero, E. (coords.). (2018). *La educación en un mundo de transformación*. Barcelona: Octaedro.

Zamora, J. A. (2008).



*¿Está hoy la escuela en crisis? ¿Es la escuela como institución social o son sus actores? ¿Es la escuela o las otras instituciones de acogida: la familia, el barrio, las instituciones? ¿Es la escuela o la globalización, la apertura a la diversidad cultural, la estandarización de modelos? ¿Sigue siendo la escuela forjadora de promesas, o ya no? ¿Qué pinta el profesor en estos desasosiegos? ¿Es aceptable su incertidumbre y desconcierto? ¿Cómo forma el profesor cuando el mismo es abrazado por la indiferencia y las dudas constantes? —AGR*



Consulta este  
y otros textos de la colección  
“Educar desde el espacio que elegimos”  
de Alberto Gárate Rivera.

